



Gabriel en La Habana*

Eliseo Alberto

Si mal no recuerdo, tocó con los nudillos a la puerta de mi casa un miércoles cualquiera de 1975, tarde en una noche de luna clara, y dijo que quería conocer al poeta Eliseo Diego: “Tenemos varios amigos en común”. A manera de prueba citó nombres en voz alta, como un malabarista que sostiene en el aire tres pelotas luminicas: Julián Orbón, María Luisa Elío y Jomí García Ascot. El dato llegó antes que su nombre, convencido de que compartir amistades sería en este caso la mejor carta de presentación. Para él, y para nosotros, la amistad es sagrada. Una cofradía. Casi un país. Por esas fechas, mi padre estaba tomando vodka en algún hotel de cuatro estrellas de Estocolmo, donde le acababan de traducir un libro, y regresaría a Cuba el próximo fin de semana. Bella Esther García-Marruz, mi madre, abrió la puerta. “Pasa, Gabriel”, dijo risueña. Mamá habla riendo. Aunque no lo conocíamos personalmente, ella lo identificó en el acto por el bigote y esos ojos de niño que siguen espiando tras la rendija de sus párpados. “¿Qué es de la vida de Julián?”, preguntó y se respondió a sí misma con otra pregunta admirativa que tenía el valor de una contraseña secreta, sólo entendida entre los amigos del gran músico cubano, por entonces exiliado en un departamento de Nueva York: “¿Tan Julián como siempre?!”. Voy de recuerdo en recuerdo, saltando de rama en rama en la arboleda de la memoria. Ahora evoco la mañana que el cartero de mi barrio sopló el silbato en la ventana del portal y nos entregó un ejemplar de la

primera edición de *Cien años de soledad* (publicada por la Editorial Sudamericana), protegido en una caja que parecía de pañuelos. Nos lo mandaban de regalo María Luisa y Jomí, a quienes García Márquez había dedicado el manuscrito. Me atrevo a asegurar que en La Habana de aquel tiempo no podía encontrarse una devoradora de *Cien años de soledad* más entusiasta que mi madre. Su fervor resultaba contagioso, casi insostenible para los que habíamos marcado tarde en la fila de los lectores pendientes. Veo a mamá recostada al respaldar de la cama con el libro un tanto lejos de sus espejuelos con el evidente propósito de que la lamparita de noche bañara aquellas páginas irrepetibles y así no perderse ni una frase en algún parpadeo de sombras. Leía en murmullos, para cantar las oraciones. Por dos semanas no habló de nadie que no fuera de la estirpe de los Buendía, en especial de Remedios La Bella, a quien consideraba una prima colombiana pues compartían de alguna forma el bello nombre de Bella. “Pero pasa, hombre”, dijo mamá y le dio un abrazo: “No te quedes ahí parado, como si hubieras visto un fantasma”.

Gabriel recorrió la sala con la vista, deteniéndose en los armarios de recia madera que había carpintado mi abuelo ebanista, y en los cuadros de René Portocarrero que colgaban de las paredes y en el humano desorden de la estancia, hasta que el gato (“el gato de costumbre”, diría papá) rozó sus botines de charol y gracias al susto pudo descubrir que pisaba un suelo de mosaicos ajedrezados, blancos y negros. En la sala nacía el río de un pasillo profundo. Su mirada lo navegó de punta a cabo. A través de una ventanería france-

* Fragmento del texto “El libro de los libros de Gabriel García Márquez”.



Plaza e iglesia de Santo Domingo, Cartagena

sa, de vidrios verde-botella, se filtraban la luna y la música del vecino, secreto devoto de Benny Moré y Daniel Santos. Sin pedir permiso, pues supo enseguida que le sería concedido, el visitante se adentró por el corredor, rápido, ansioso, las manos en jarra, la cabeza inquieta. Miraba de reojo los estantes de los libros y tocaba sus lomos como quien acaricia un caballo. Una vez en el comedor, tuve la impresión de que él había encontrado lo que esperaba: una lámpara *art nouveau* de cristales gruesos que colgaba de una cadena como un cesto de frutas invertido. Estiró la mano en la espesura de la noche y sin temor a equivocarse apretó el interruptor eléctrico. Ganamos en claridad. Tocó la mesa, buscando

en el desván de la memoria un mueble semejante. “He estado antes en esta casa”, dijo: “y fue de niño y muchas veces y todas para bien”. Mamá le hizo un guiño cómplice: “Viejo, lo mismo me sucede con Macondo”. Ya eran compinches, tan compinches que incluso tenían mentiras que intercambiar.

Allí empezó la fiesta.

La fiesta inacabable de la amistad.

Durante ese viaje a La Habana, Gabriel pasó a vernos cada día, que fueron unos quince, con esa familiaridad de los parientes que llegan sin avisar y revisan con premura las cazuelas del fogón y comen de pie unos garbanzos y se quedan dormidos en medio de una conversación, abri-



gados por la tranquilidad de que nadie va a reprochárselo. Iba y venía. Era uno más. Una mañana, a media mañana, habló por teléfono con su esposa Mercedes y estuvo un buen rato describiéndole la casa; su relato era especialmente preciso al detallar los azulejos de los baños a los que ni siquiera había entrado, los arbustos y los bancos del patio donde aún no habíamos ido y la sazón del ajíaco que mamá serviría en un almuerzo casero dos horas después, lo cual demostraba que sus ojos tenían olfato gracias a que su oído podía ver lo palpable y sus manos eran capaces de oír el rumor de aquel cubanísimo hogar que acababa de conquistar en todos sus sentidos.

Ese milagro sólo lo consiguen los poetas.

Quince años después de aquella primera visita de García Márquez a mi casa, fui a Cartagena de Indias a trabajar con él en uno de nuestros muchos argumentos cinematográficos que jamás se han realizado, y de los que tanto he aprendido, y me hospedó en un hotel de playa, vecino del departamento donde vivía, allá en un gracioso edificio llamado popularmente “La maquina de escribir” y no porque tuviera entre sus inquilinos a un Premio Nobel de Literatura sino por su escalonado diseño arquitectónico. Creo que Cartagena es su ciudad consentida. Mimada. Sólo a la sombra de sus cocoteros lo he visto caminar doce calles por la banqueta de la



Centro de compra y venta de productos campesinos

avenida costera, en camisa de mangas cortas, bermudas y sandalias de pescador, sin temer algún encuentro desafortunado. Allí todos lo conocen. Los policías nunca lo multan: prefieren un autógrafo suyo en la libreta de los reportes. Los cartageneros de pura cepa apenas le telegrafían por saludo un abanico de dedos: cómo está la vaina. Él les responde con el puño cerrado. Una mañana, antes de sentarnos a escribir, Gabriel me propuso desayunar juntos en el Hotel Caribe, hermano menor del Hotel Nacional de La Habana, un sitio estupendo para disertar sobre la incomodidad de ser un escritor famoso en cualquier parte del planeta que no sea esa ciudad amurallada donde él siempre ha encontrado refugio y fuente viva de inspiración. Allí vive con naturalidad entre sus personajes: los hombres y mujeres de la calle. Los “de abajo”. Ellos saben que al menor descuido Gabriel los estampará en una novela. Lo esperan. Lo piden. Se esmeran por merecer esa resurrección de entre los vivos. Uno, extraño, deslumbrado, no puede evitar un escalofrío al descubrir esos vasos comunicantes que emparejan la realidad a las ficciones, lo imaginario a lo comprobable, un hombre de carne y hueso a un hombre construido

con puras palabras. Por ahí fue nuestra conversación, más bien su monólogo pues yo había decidido escuchar, escuchar, escucharlo, y me mantuve silencioso y atento buena parte del desayuno. Tan concentrado estaba en no olvidar el momento que todavía se me hace la boca agua al pensar en la tajada de papaya que me tocó desaparecer del mapa a mordiscos de naufrago. De regreso, también a pie, fui testigo de una bonita escena. Pasábamos por la acera de un céntrico parque cuando escuchamos los gritos de una muchacha: “¡Gabo, Gabo, ayúdeme por Dios!”. Me vino a la mente la imagen de aquellas damas prisioneras que agitaban sus pañuelos desde las torres de los palacios medievales. Gabriel acudió al llamado. La muchacha estaba tras un árbol frondoso, en compañía de un joven atlético y malencarado. No había que ser adivino para darse cuenta de que aquel romance pueblerino tenía las horas contadas. La súbita aparición del novelista sumó cierto desconcierto a la evidente mortificación del novio. Sin trámite alguno de cortesía ni respeto a la jerarquía del mejor novelista del mundo, la muchacha expuso en ráfagas las razones del sos: “Gabo, él no me cree. Le juro y le perjuro mas no me cree.



Fonda colombiana

Dígasele usted, a ver si entiende: explíquele a este burro que yo muero de amor por él”. Gabriel sonrió y clavó el estilete de su mirada en las enrojecidas pupilas del joven: “Muere de amor por ti: qué duda cabe”. Acto seguido, los enamorados se enroscaron en un beso hambriento, sin importarles otra cosa entre cielo y tierra que comerse sus labios, ahora que el desconfiado varón por fin se había convencido de que el miedo sirve para un carajo. Seguimos camino. Yo me tragué la lengua, a propósito, como si no me hubiese impresionado el hecho de que una muchacha desconocida le pidiera auxilio aquella mañana, de seguro la más angustiosa de su vida. Gabriel hinchó el pecho, orondo, y soportó sin chistar mi aparente indiferencia. Vino a poner el tema sobre la mesa en la terraza de su departamento, ante el mar por testigo, cuando nos despachamos los primeros rones del mediodía. “¿No vas a decirme nada?”, me reclamó. Le respondí: “Es que pensé que lo que pasó en el parque es, para usted, algo habitual”. Gabriel movió los hielos de su vaso: “Pues sí”, dijo, y no se volvió a hablar del asunto —hasta el sol de hoy.

Cada vez que abro un nuevo libro de García Márquez, escucho que unos nudillos tocan a

la puerta de mi casa. Toc toc toc. Las cosas cambian, sin remedio, en un cuarto de siglo. La casa de mis padres ya no es la que era. No hay cuadros de René Portocarrero en las paredes. Ni gatos. Ni Eliseo Diego. Sólo quedan la lámpara de frutas de cristal y el piso de mosaicos ajedrezados. Hoy puse al correo un ejemplar de *Vivir para contarla* con destino a La Habana. Lástima que mamá está en otra parte. Lejos. Es una anciana de diecisiete años que se pasa las mañanas y las tardes y las noches cantando a Agustín Lara en el estudio de papá. La escoltan una docena de fotos familiares, entre las que destaca una pequeña, con bordes dentados, que alguien tomó con una camarita de cajón a Gabriel y Mercedes la tarde (si mal no recuerdo) que él nos dijo en voz alta el discurso que había escrito para la ceremonia de los Nobel, en Suecia. “¡Tan Gabo como siempre!”, diría mamá si leyera *Vivir para contarla*, recostada a la cabecera de su cama. Bienaventurado Gabriel, que jamás se cansa de vivir y de contar. “¿Por dónde anda ese colombiano loco, hijo?”, preguntaría mamá. “Fue a la cocina, Bella Esther”, le respondería: “por sus garbanzos”. ☉